



Revolución en el jardín

Julián Monge Nájera,
Editor de la Revista de
Biología Tropical

“Para mí, un jardín como éste es perfecto. Puedes gozar de tus flores y compartirlas... Te sientes parte de la naturaleza, no algo separado de ella”
Gerald Durrell/, 1982

La celebración del Día Mundial de la Tierra, como toda ceremonia, corre el peligro de convertirse en un mero espectáculo, en el cual se preste atención a lo grandioso y se exhiban los figurones del conservacionismo. Por eso aprovecharé este artículo para mirar con atención algo humilde pero de enorme potencial conservacionista: el jardín casero.

La mayoría de mis colegas costarricenses ha caído en la trampa de lo que yo llamo "el síndrome del investigador extranjero": trabajar únicamente en los parques nacionales y regiones similares; mientras más alejadas, mejor. Únicamente unos pocos se han dado cuenta de que uno de cada seis costarricenses vive en la ciudad y de que ésta es también un sujeto válido de estudio para el biólogo. Puedo mencionar a Luis Fournier, a quien debemos el primer trabajo sobre el papel de los líquenes como bioindicadores de contaminación en la Ciudad de San José, a Luis Diego Gómez por su lista de especies vegetales de jardines urbanos y los trabajos sobre fitosociología urbana de Francisco Fallas, que desgraciadamente nunca fueron publicados. Espero que este comentario halle terreno fértil en los biólogos jóvenes, que aún tienen la mente abierta a posibilidades nuevas.

Una buena parte de la vegetación urbana se encuentra en Jardines caseros, incluso fuera de las regiones tropicales. Se calcula que en la Gran Bretaña, más de 250.000 hectáreas de estos jardines dan protección a gran número de especies que sin ellos podrían extinguirse. Por supuesto, de Costa Rica no hay datos, pero cada uno de nosotros puede aprovechar su jardín en este sentido, aunque el jardín sea una macetera. Sumando áreas, se obtienen grandes extensiones.

Para comenzar, podemos favorecer la llegada de pájaros (además de los omnipresentes comemaíces) dándoles lo que —al igual que otros animales— necesitan más: lugares donde anidar (cajas clavadas a la pared, vigas o ramas altas), alimento (¡excelente uso para las sobras de arroz, frutas, etc.) y agua. Una poza artificial hecha enterrando un poco una palangana vieja, dará de beber a aves y pequeños mamíferos, así como avispas y otros insectos. Además, con suerte, nuestros hijos

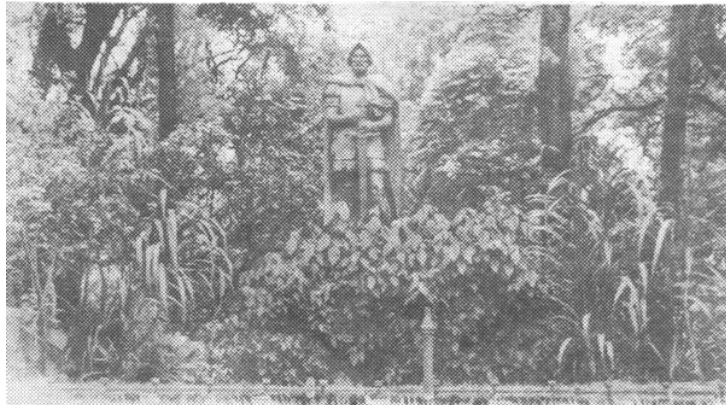
podrán aprender allí algo sobre las maravillas de la vida, siguiendo el ciclo de los huevos mientras se convierten en cabezones y éstos en ranitas.

Si no tenemos un muro de piedras, podemos agregar algunas; las rugosas son mejores que las lisas, pues dan refugio a los pequeños invertebrados. En las piedras se calientan también las lagartijas, excelentes controles naturales de pequeños insectos. Debajo de ellas hallarán cobijo las babosas pardas y sus primos importados de Francia, nuestros caracoles de jardín (*Helix aspersa*). Podemos aprender algo sobre su apego al hogar —e incluso hacer un proyecto para los niños— marcándolos con esmalte de uñas: ¿siempre vuelven al mismo sitio?

Una regla de oro para un buen jardín es no repetir las plantas. El Jardín norteamericano de césped no solo es monótono y pobre en vida, sino que requiere constante mantenimiento. Es mucho más hermoso, autosuficiente y rico el tradicional jardín tico de nuestras abuelitas, con la más variada mezcla de "matas corrientes", hierbas para hacer infusiones y condimentar la comida, y plantas ornamentales. Así tendremos variedad de mariposas, escarabajos, hongos, nidos de avispas y pájaros, etc. (¡maravilloso si hay espacio para árboles frutales!). No hay que olvidar que muchos organismos, desde hongos hasta onicóforos, prosperan en lugares ricos en materia orgánica en descomposición: un tronco podrido es una manera excelente de proveerla.

Finalmente, podremos ver "en directo" como va siendo colonizada nuestra isla-jardín, según principios generales de la biogeografía de islas, como que a más diversidad de microambientes, más especies. Si estamos lejos de hábitats naturales, nuestro jardín será colonizado por vía de "islas intermedias" (stepping stones) o sea mediante la cadena de jardines adyacentes, etc.

Vale la pena hacer el esfuerzo, aunque solo tengamos en casa unas cuantas macetas, porque, citando nuevamente a Durrell: "Es asombroso cómo responde la naturaleza cuando se hace algo por ayudarla. Incluso en una gran ciudad, en un paisaje de cemento y ladrillos, es posible convertir un puñado de tierra y algunas plantas en un hábitat que sirva de refugio a las criaturas que tan necesitadas están de él en un entorno hostil".



**Talvez así encontró el conquistador nuestras tierras americanas.
¿Qué tenemos ahora?**